

Poesía



CeDInCI

EN LAS PRIMERAS ENTREGAS DE POESIA COLABORARON:

1 y 2

ALBERTO HIDALGO - FERNANDEZ MORENO -
PIERRE REVERDY - ELVIRA DE HIDALGO -
LISARDO ZIA - NORAH LANGE - JUAN TORREN-
DELL - MANUEL BANDEIRA - NICOLAS OLIVARI
- SCALABRINI ORTIZ - MACEDONIO FERNAN-
DEZ - R. GONZALEZ TUÑON - ROJAZ PAZ -
CANAL FEIJOO - PEDRO JUAN VIGNALE - PETIT
DE MURAT

XILOGRAFIAS DE POMPEYO AUDIVERT

3

ARTURO MARASSO - JORGE LUIS BORGES -
KELLER SARMIENTO - O. V. DE LUBICZ MILOSZ
- L. Z. D. GALTIER - GONZALEZ LANUZA -
CARLOS MASTRONARDI - T. S. ELIOT - JULIO
YRAZUSTA - CORDOVA ITURBURU - AMADO
VILLAR - F. E. GUTIERREZ - LISARDO ZIA - J. C.
JOUNG - RAIMUNDO LIDA DRUMMOND DE
ANDRADE

XILOGRAFIAS DE VICTOR DELHEZ

SUSCRIBASE O
SOLICITE LOS NUMEROS ATRASADOS
A LA ADMINISTRACION

AÑO 1 - Núm 4 y 5 - ENTR. 3

Revista Interna-
cional de Poesía
Ag. - Septiembre
de 1933 - Aparece
mensualmente



Direcc. y Admin.
Seaver 1656 (5^a. 11)
U. Telef. 41-5881
• Buenos Aires •
(Rep. Argentina)

Director: PEDRO JUAN VIGNALE

EN ESTE NUMERO COLABORAN:

ENRIQUE DIEZ-CANEDO - PAUL VALERY
PABLO NERUDA - LISARDO ZIA - ENRIQUE
AMORIM - ROSAMEL DEL VALLE - JUAN
RAMON JIMENEZ - ADRIANO TILGHER -
FERNANDEZ MORENO - GIUSEPPE UN-
GARETTI - AUGUSTO MARIO DELFINO -
GONZALEZ CARBALHO - P. L. IPUCHE
XILOGRAFIAS DE PLANAS CASAS

LA POESIA DE PABLO NERUDA

Temuco es un pueblo pequeño, esparcido de casas en la cuesta de una ladera, aislado entre densas cortinas de lluvia. Estas lluvias de Temuco esconden un bosque, unos prados apacibles, encanecidas montañas, a lo lejos, y leguas abajo el mar, el mar pacífico, el mar que se encrespa y ruga, estallando contra las costas impávidas en agonías interminables. Cuando cesan las lluvias en Temuco, el pueblo observa con asombro ese escondido paisaje, siempre renovado. El sol, intacto, reciente, se deja estar en las calles pedregosas y sus rayos húmedos se tienden como suaves ovejas al pie de las casas. Todo esto tendrá mucha importancia, esta doble vida de Temuco tiene mucha importancia. Son dos mundos distintos, antagó-

nicos, separados por una cortina invisible, son los días separados por algo más profundo que la noche.

En este Temuco del mediodía de Chile vivió nutriéndose de imágenes un poeta que quiso llamarse Neruda porque Neruda es un nombre bohemio, y los bohemios son juglares y poseen también su mundo de cristal de agua. En este Temuco, que casi parece de leyenda, vivió Pablo Neruda. La lluvia interrumpe sus días, y su vida debió romperse en dos instantes sucesivamente renovados: la prisión de las casas, detrás de los postigos rumorosos de faldas de la lluvia, y la libertad del sol, en las calles familiares, por los campos... Una nostalgia de sol, casi secreta, en la atmósfera turbia de la lluvia, y una nostalgia — en el sol — de la lluvia tibia como un nido. Las imágenes brotaron de la humedad, luminosas, pero con esa luminosidad acitada de los letreros encendidos entre las lloviznas de la ciudad. Y Pablo Neruda habrá de conservar para toda su vida ese paisaje como fondo algo desteñido, desteñido con perezosa indulgencia, debajo de sus poemas de siempre. Yo también he vivido en un pueblo así, entre viento y agua, entre el viento que arrastraba a los perros como trapos olvidados en las calles, entre las lluvias que azotaban las caras ateridas. En Temuco, un bosque de pinos entretiene con sus largos brazos a este viento que llega del mar o de la montaña; y el pueblo se recoge en su murmullo lejano de marea. Y puedo afirmar otra vez que todo esto tiene mucha importancia para un poeta. El espíritu del poeta se conformará a este paisaje como el agua especular de un lago, para adquirir en él su tono, ese tono que individualiza una voz entre mil.

La profunda soledad lluviosa en la adolescencia dictó a Neruda sus primeros libros — libros de amor, poemas de amor de mujer — que fueron en su vida como una liberación; más tarde el paisaje con sol, la letanía del mar, el ritmo épico de la vida corriendo por sobre los bancales verdeguantes, en el recuerdo de la tarde que se desmorona, aguachenta, gravitarían poderosamente sobre su espíritu para empujarle hacia las galerías más oscuras del ser, dictándole esos otros poemas de amor — amor de humanidad, amor de Dios — que se hallan en sus libros últimos. Atribuíble también a esa formación en la naturaleza es la agudización de su sensibilidad que le hace percibir sutiles correspondencias entre las cosas, entre los seres, y que imprime a sus palabras una noble precisión adjetiva, desde sus primeros poemas. El verso regular, las estrofas correctas, los poemas trabajados como un sembrado, dejan paso a medida

que profundiza, a otra regularidad más poderosa: a la regularidad constantemente diversa del mar, a la irregular constancia de la ola.

Quien analice el verso libre de este poeta notará de inmediato al artista que maneja el verso castellano a su antojo y que posee un justo sentido del ritmo; y en la construcción de sus poemas, podrá reconocer sin esfuerzo a quien supo hacer a su hora un soneto o una canción, con la suma economía de rípos. Esto también tiene su importancia: porque una cosa es el disponer de los medios expresivos para asegurar su mayor fidelidad a la idea, y otra, pretender hacerlo sin haber logrado su posesión, ni siquiera relativa. En los poemas de Neruda, aún en los menos logrados, se percibe la construcción, el hondo sentido constructivo del poeta, como en las más arbitrarias cabriolas de Picasso es dable reconocer al dibujante poderoso. Crepusculario y Veinte poemas y una canción desespeada son volúmenes representativos por igual de su primera época: libros de amor, ardorosos, apasionados, frescos, con esa frescura de manantial que sorprendería a la crítica de su país, y, desde luego, nuevos. ¿Nuevos? Mejor: suyos, que todo lo nuevo es personal. De la segunda época Tentativa de Hombre Infinito señala su mejor momento. Entre uno y otro escaño debe ser colocado este cuaderno que ahora edita El Hondero Entusiasta, alguno de cuyos poemas figuraron en la antología que compusiera Armando Donoso en 1923-24. Tentativa es un libro difícil, en donde Neruda se propone ya otros problemas, trascendentes, de poesía: es un largo poema angustioso, todo incendiado de imágenes subjetivas — perdonésemelo el término — menos accesible que los otros, como es de suponer. Luego vienen algunos libros en prosa: Anillos y una novela corta El Hombre y su Esperanza, novela hecha con la técnica del poema, llena de sugestiones secretas, de prosa rica, pero fracasada como novela. Y ahora, hace apenas tres meses, entrega su último libro: Residencia en la Tierra, su obra total. Este libro es sin ninguna disputa, uno de los mejores volúmenes de poesía publicados en esta parte del continente en los años inmediatos. Y de los más personales. La larga experiencia del poeta se manifiesta en cada una de sus páginas. En efecto, allí aparecen todos los libros anteriores con los valores de ayer acendrados por una prematura sabiduría. De la primera y de la segunda época nos hallamos aquí con poemas que le continúan. Y las prosas de Anillos, depuradas, mejor comprendidas, las hallamos también aquí, en el libro reciente, que señala para mí el mejor instante de su creación. Léanse los poemas que en este número se transcriben y obsérvese el profundo li-

rismo y la gran economía de medios con que están realizados. Es poesía auténtica, es poesía adherida a la realidad, directa, en fin, como lo quería el poeta de L'Après-Midi d'un Faune.

Ahora Neruda trabaja en un largo poema, de cuya intensidad tiene sólo una idea total. Trabaja lentamente, casi con terquedad. Los primeros impulsos de antes se han detenido ahora ante los problemas graves y — por qué no — ingenuos, del arte poético. Tiene en su beneficio una mayor experiencia retórica y muchas millas de viajes por mundos casi fantasmales: Ceylan, Africa, la isla de Java, las lentas islas fabulosas de Saintleger-Leger, disueltas en la sombra de largas palmeras dormidas. De todo ello ha de esperarse otro libro de madurez, equilibrado, en una palabra: clásico, como lo es Residencia en la Tierra, una de las mejores expresiones literarias de su país.

P. J. V.



EL CANTICO DE LAS COLUMNAS

De Paul Valéry: ensayo de traducción

Suaves columnas, de
sombrosos traspasados
de luz, con vivo adorno
de pájaros en torno.

Suaves columnas, husos
oh, qué masa orquestal!
Su silencio al unísono
inmola cada cual.

—¿Qué tan alto lleváis
en igualdad radiosa?
Al deseo sin mácula
vuestra gracia estudiosa.

Cantamos, y a los cielos
somos puntal, en tanto!
Oh voz sensata y única,
para los ojos canto!

Mira los himnos cándidos!
Y qué sonoridad
nuestra existencia límpida
pulsa en la claridad!

Tan frías, tan doradas,
cuando del lecho apenas
nos sacan los cinceles
ya somos azucenas!

De lechos de cristal,
el sueño disipado,
con garfios de metal
nos han aparejado.

Para dar cara a sol
y luna, sol y luna,
uñas de blanco pie,
pulidas una a una!

Esclavas sin rodillas
sonrisa en faz ausente,
la hermosa ante nosotras
puras las piernas siente.

Con la nariz tapada,
piamente parejas,
sordas al blanco peso
las ornadas orejas.

Con un templo en los ojos
para la eternidad
negras, sin dioses vamos
a la divinidad!

Su carne mate y sombras
de rancia juventud,
nacida de los números
triumfa nuestra virtud.

De áureos números hijas,
siervas del cielo, de él
cae y en nosotras duerme
un dios color de miel.

La luz que cada día
nos da, duerme contenta
en la mesa de amor
que nuestra frente ostenta.

Hermanas inviolables,
frío ni ardor sentimos;
con brisas y hojas secas
para bailar salimos,

y siglos por decenas
y pueblos, hoy atrás,
son un profundo antaño
sin colmo en el jamás.

Pesadas más que el mundo,
un mismo amor llevamos;
los días como piedra
caída al mar, cruzamos!

Y andamos por el tiempo,
cuerpos radiantes, que
marcando van las fábulas
con inefable pie...

Enrique Díez-Canedo.



CORAZON A DESTIEMPO

Sólo queda tu nombre en el espacio.
Bienvenida del tiempo fuiste un día,
Cuando clamaba el corazón profundo,
Cuando daba, reacio
Al sostén del amor y a su alta guía,
Vueltas de astro perdido sobre el mundo.

*(Qué tarde, en aquel Junio
Por el camino de hojas amarillas
Entre los cercos bajos, cuyo emblema
Era el morado de las buganvillas.
Y qué noche, al volver, con plenilunio,
Cielo, luna y estrellas de poema).*

A cambio de infinitos, en la espera
Trueque oneroso el corazón jugaba.
El juego de pasión siempre es combate,
Y el mismo corazón arma y bandera
Que frente al tuyo en lidia se arriesgaba,
Pues vida arriesga vida en tanto late.

*(Iba sobre la tierra humedecida
Buscando la violeta prematura,
Con risa de Setiembre, estremecida,
Y gozo virginal de criatura.
Engalanada toda de alegría,
Como la tarde era su risa pura,
Y su vestido claro como el día).*

Mira, mira qué sueño desvelado.
Cómo se fué entre nubes y cendales.
—Advierte el corazón ya traspasado
Por los siete puñales.—
Cómo su para siempre fué tan breve.
Sólo duró entre luces ideales
Lo que un copo de nieve.

(Preferida, esa tarde
En que trajo una rosa sobre el pecho.
Sobre el pecho que arde
Ardida rosa púrpura al acecho.
¿De qué? ¿De algún latido
Que a flor vital de corazón se guarde
Y esté como escondido?).

Sin luz, corazón ciego,
Con sus dos cuencas tristes y vacías.
Ya su tierra cordial no tiene riego,
Ya niega noches y rechaza días,
Ya es punto más andante en el espacio,
Corazón errabundo,
Que vuelve a dar a tu sostén reacio,
Vueltas de astro perdido sobre el mundo.

(Esa vez era el río,
Y la bruma sumiéndose en la espuma,
Y el aire tan mojado y así frío,
Y el guante gris también de agua y de bruma,
Y su voz, empujada
Por el aire invernal, como una pluma,
Sobre la piedra de la balaustrada).

Curvo recuerdo que acaricia y muerde.

(Las hojas amarillas del camino),

Corazón a destiempo, en él se pierde.
Entre su vida y su esperanza verde
Está puesto el otoño del destino.

LISARDO ZÍA.

ESTETICA Y ETICA ESTETICA

No exijamos a un poeta cabal el enunciado de un sistema de estética. Nos bastarán apenas los apuntes, las notas, o menos aún: las observaciones que le vaya mercediendo su experiencia creadora. Y sin duda alguna que contendrán en su esbozo mayor sabiduría que el tratado que nos prepare un profesor erudito. Hay más filosofía en la filosofía de quienes no son filósofos que en los tratados de los filósofos profesionales, ha dicho con toda verdad Croce. Y más estética —más profundidad, mayor pureza, mejor orientación— en estas agrias, conmovidas, burlonas y certeras notas de J. R. J. que en un centenar de páginas documentadas y limpias de los más puntillosos especialistas. No olvidemos que éstos —profesores tontos, en su buena mayoría, que han perdido la sensibilidad a fuerza de olvidarla, como a sus mujeres— operan sobre el vacío, cada vez más alejados del arte que pretenden legislar. El poeta, en cambio, trabaja en anima vili, sobre la propia carne sangrante; y sus afirmaciones se apuntalan en la obra todavía fresca, y poseen todo el vigor de su belleza reciente. Recordemos que los más sutiles pensamientos sobre poesía han sido expresados por poetas —Poe, Mallarmé—, y que las únicas teorías capaces de estallar la confusión nacen de los pensadores que proyectan su pensamiento sobre la poética como podrían hacerlo sobre cualquier otra forma de expresión. Estas notas de J. R. J. aparecieron por primera vez en la serie de 8 cuadernos (SÁNCHEZ CUESTA, EDITOR, MADRID, 1929), con que comenzó la revisión total de su obra, luego abandonada. Casi desconocidas, las reproducimos aquí por considerarlas de un constante interés y como una acachada introducción a la lectura de su obra —revisada o no—, la más profunda y respetable como experiencia lírica de cuanta obra poética se haya escrito en España, después de Góngora. (N. de la D.).

Despedida serena: la mayor alegría que un poeta —un artista— puede sentir en su vida es: que a sus 42 años —1923— se le vuelva a zaherir, por raro, por incomprendido, como a sus 19 —1901—. Y la mayor pena, que quienes le den esa alegría sean los que empezaron con él a amar, exaltar y defender los prestigios del arte puro, que han ido, luego, año tras año, cediendo a los más feos intereses del momento, hasta caer de lleno, quizás sin quererlo, en la irredimible vulgaridad — que pone, para siempre, un desierto de abismos entre ellos y él.

Al fantasma se le mata con su nombre.

Fácil, gracioso nacimiento; proceso riguroso y alegre término perfecto.

¡Cómo se agarra el pasado a los pies del presente para no dejarlo
ir sin él al futuro!

El hombre más fuerte, ¿no es el que más olvida?

Poesía... y arte y virtud y ciencia poéticas.

Cuando pase un ruido que os perturbe el silencio, constituido, en
el acto, fenómeno natural de vuestro silencio.

El perdurable error en la aplicación de la palabra "clasicismo"
procede, creo yo, de que se quiere definir con ella como "condición"
lo que es sólo "resultado"; de tomar como "sustantiva" una virtud
"adjetiva".

Repetición con exactitud vale más que variedad con demérito.

El mejor símbolo de la eternidad es el "presente" del niño.

Para que la poesía sea lo que nosotros queremos, el verso libre
blanco, desnudo; para que sea lo que ella quiera, el consonante, e
asonante, la medida y el acento exactos.

Yo y la vida sin nombre.

El defecto visible es lo plebeyo; lo aristocrático, el defecto invisible.

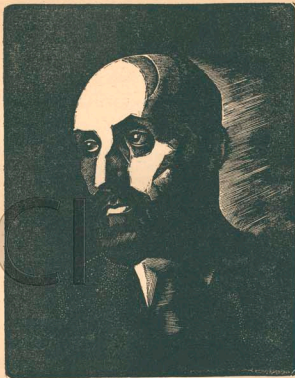
¡Oriental y occidental a la vez, ay! ¡No tengo escapatoria!

Hay que hacer la corrección conciente, la loca, la de luz, la sombría,
la de pie, la de sofá y la de espacio.

No es lo mismo tener "ante" que "poshastío" de la cultura.

Tanto como el fuego, el oro, le veo al sol el carbón; por eso —negro
y amarillo, los colores que hemos copiado instintivamente de su
espantosa fugacidad, en estas tierras donde tiene más eco su llama-
rada, para nuestra pobre, menuda muerte— me es tan cirio, —pa-
vesa y cera—, tan locamente fúnebre.

Mis asuntos son todos de minoría y los resuelvo siempre entre la
mejor minoría.



JUAN RAMON JIMENEZ

XILOGRAFIA DE

PLANAS CASAS

Cultivemos, ante todo, la voluntad de rechazar.

¿Normas? ¿disciplinas? Caprichos, gustos.

Oí una vez a un pájaro tonto —¡qué triste espectáculo!— que, sacudiendo los torpes alones, con voz casi de hombre, repetía de un hombre tonto que no sé dónde la habría entreoído, la palabra Razón. Razón...

Completo: equilibrado entre perfecto e imperfecto.

Y las grandes obras ajenas sólo me sirven de diapasón.

El baile es como una bella lucha del alma enloquecida y el cuerpo enamorado; el alma quiere irse de su prisión normal a otras formas que ha entrevistado por las ventanas de los sentidos; y el cuerpo, metamorfoseándose mágicamente para ella —¡con qué hermosa esclavitud, el carcelero!—, la contiene, la retiene.

Quien entrevé, lo verá.

Crítica: no tolero condescendencia y exijo justicia.

Archivos: Historia literaria de España: 1923 - 25: Nueva invasión —costumbrismo, pedestrista, periodismo, feísmo— de los Hurdanos.

Mi mejor obra es mi constante arrepentimiento de mi Obra.

¡Alma mía, espejo en la sombra, que, donde quiera que esté, cojes la luz!

El baile verdadero es el de uno solo —una sola— con su alma.

Estilo no es pluma... ni lengua.

Lunar es nombre de un fenómeno, pero no de una inmoralidad.

Amable e inflexible.

Como era de esperar, en este 1923 se está confundiendo "sencillez" con "simpleza"; "intelectualismo" con "intelectualería"; "claridad"

con "vulgaridad"; "vida" con "periodismo"; "cultura" con "filología", con "lectura secundaria", con "exhumación"; "crítica" con "desahogo".

Mi reinado reempieza, en idea y forma, cada cinco años.

¡Cuidado; que la vida —y la muerte— no son lo que se lee cada día en los periódicos!

¿No he concretado la vaguedad?

Lo bueno "sólo" tiene dos instantes: "su" instante y, un poco después, "su" eternidad.

Con el ruido no cantes: dibuja, esculpe tu pensamiento.

En la soledad no se encuentra más que lo que se lleva a ella.

No hay forma mejor y peor, sino ideas y sentimientos exactos o imperfectos.

La "expresión" es solo un ejercicio para el perfecto goce estético.

Cuando el poeta haya llegado, con el estímulo constante del espre-sar, a su aptitud máxima de visión y contemplación, no debe "espre-sarse" —prepararse— más.

Donde baila uno —¡qué gusto!—, bailan dos; donde dos —¡qué molestia!—, cuatro.

Después de la arrebatada juventud que todo lo afronta con su divino arrojo inconciente, la soledad del campo es sólo para quien sigue creyendo concientemente, o de buena fe, en Dios.

Ningún día... sin romper un papel.

"No" tiene igual existencia ineludible que "sí".

¡Qué lucha, en mí, entre mi bueno y mi mejor!

Ruido, múltiple espina defensora de ¡qué eterna y virgen rosa in-mensa e invisible!

Crítica amada: yo vivo, hace ya diez años, en lo normal de después de mi muerte.

Clásico es todo aquello que, habiendo sido —o, mejor por haber sido— exacto en su tiempo, trasciende, perdura.

¡Qué limpia alegría tener mi sonriente "sí" y el de la verdadera, embriagada, noble juventud!

Dos cosas me importa hoy: el desnudo y mi pensamiento.

Lo que ha sido instante pleno, ha sido absoluta, completa, redonda, acabada eternidad.

Evasión: para los oscuros tengo lo claro; para los claros, lo secreto.

Me está volviendo loco la razón.

Perfecto e imperfecto, como la rosa.

Cien días de naturaleza, sin la obra conseguida, son nada. Uno, con la obra, todo.

Mi vida interior, la belleza eterna, mi Obra.

(1914 - 24).

II

Hay dos dinamismos: el del que monta una fuerza libre y se va con ella en suelto galope ciego; el del que coje esa fuerza, se hace con ella, la envuelve, la circunda, la fija, la redondea, la domina. El mío es el segundo.

Y añado, con la fuerza removiéndose dentro de mi abrazo: fuga perdida sin dominio de lo dinámico, es Romanticismo. —Dominio sin fuerza dentro, Academicismo—. Clasicismo, dominio retenedor de lo dinámico.

Clasicismo es orden, sí; pero no orden exterior que clasifica, que "coloca" las cosas en su sitio; sino que las "mete en cintura".

Clasicismo: secreto plena y exactamente revelado.

La inteligencia no sirve para guiar al instinto, sino para comprenderlo.

Poeta puro, "pero" total.

La sintaxis es una cuestión de ortografía.

Yo tengo escondida en mi casa, por su gusto y por el mío, a la Poesía, como una mujer hermosa; y nuestra relación es la de los apasionados.

Lo difícil cansa a los fáciles; lo fácil, a los difíciles.

Dinamismo, embriaguez, gracia, gloria... ¡Poesía mía!

En cada sentido están los otros... cinco.

Una disciplina... caprichosa.

El arte, como el tiempo, está todo dado, y no tiene, por lo tanto, prisa —aunque nos lo parezca a nosotros, vanos inventores de alfileres, relojes y batutas—.

Inmanencia totalmente justa y exacto dinamismo.

La decadencia de un artista se anuncia casi siempre con su adopción de la perezosa idea: "El arte para todos".

Depurar: recrear.

Una obra atraerá tanto tiempo cuanto dure su secreto revelado.

El mejor nombre que encuentro para mi obra, es Tesoro.

Señal de verdadera poesía es el contajio; que no quiere decir —¡cuidado!— imitación.

Número, acento, rima, nunca están en el verso, sino siempre en el

poeta. Por eso no hay formas uniformes, y no es "imprescindible" inventar otras, que: sin poeta de voz y movimiento propios, siempre serán, por diferentes que sean, las mismas; y con poeta pleno, serán equivalentes, siempre, a las normales.

Que inconciencia y conciencia salgan de igual profundidad de nuestro ser.

El placer: ¡qué lucha agri dulce entre lo finito y lo infinito!

Mi vocación de eterno está, como en el niño, en mi gran amor a lo presente.

Artista, cuida las maravillosas yemas de tus dedos.

Despreciaría sin cansancio; pero no encuentro ese hermoso tiempo absoluto que exige el perfecto despreciar.

Una poesía dinámica que el éstasis más prolongado no pueda desvirtuar ni deshacer.

En el conocerse uno mismo, cierta distancia.

Quien me quiera encontrar en la vida —y en la muerte— búsqüeme sólo en lo bello.

Poeta cuyo pensamiento no abarque plenamente su sentimiento —siendo este infinito—, no merece tal omnipotente nombre divino.

Hay, entre otras, tres clases de mal gusto: el que escribe con tinta verde; el que con tinta morada, y el que con roja.

Muy importante es lo que la juventud piense de uno, porque la juventud es para nosotros el principio de la posteridad.

Era casi perfecta. Su mayor encanto estaba en el "casi".

Vijilemos con nuestra inteligencia nuestro instinto; pero dejémosle suficiente libertad para que el niño haga un poco... ¡bastante! lo que quiera.

No pensemos nunca en lo que otro —¡otra!— pueda dar a los demás, sino en lo que pueda darnos a nosotros.

Capricho y crisol.

Para mí, no hay otras razones en la vida —ni en la muerte— que las razones estéticas.

Cantor lírico y metafísico; prosista descriptivo y psicólogo; aforista filósofo y crítico.

Todo el que escriba "so el saüz", sea puesto en el acto "bajo el sauce".

Un éstasis que no mate lo vivo.

Evidente y secreto, como el diamante, como el agua, como el desnudo, como la rosa.

Mi mejor celebración de fiestas es "siempre" la más perfecta normalidad.

Alentar a los jóvenes; exigir, castigar a los maduros; tolerar a los viejos.

La tierra, el agua, el aire, el fuego —no lo olvidemos—, son fuerzas más del olvido que de la memoria.

Mucho he aprendido, ligero y joven M. Marcel Carayon, en Francia; muchísimo más de lo que usted puede figurarse; tanto, que hoy no hay poeta francés que me aventaje. Y si a esto añade usted lo que he aprendido en España, y en el mundo, y, sobre todo, en mí...

Mi poesía es siempre continuación de mi poesía: —mi verso, de mi verso; mi prosa, de mi prosa—.

¡Pobre detenido del Antes y del Después!

De cualquier cosa mía hago yo una joya.

A LEDA

Hay copleros, de más o menos "inspiración", que son a los verdaderos poetas —conjunto de jenio, arte y crítica— lo que los curanderos a los médicos verdaderos. Copleros que, en nombre de la yerbabuena, el cantueso, el tomillo, y otras cosas más o menos sencillas, "naturales" y aromáticas, que ellos creen únicamente ¡ay! oler y poseer, se pasan su trahumante vida tabernaria dando patadas con barro —"naturales" también: formación cotidiana de tierra, bota y agua— al arte puro del poeta completo, como los curanderos a la ciencia.

¡Cómo me gusta "éso" que nunca es, todavía, "éso": entretiem-po, fantasía, imagen, sueño, amor!

¡Ay, no, no somos creadores; no somos más que repetidos transeuntes de la belleza, del arte y del placer!

Me imagino mi obra terminada —perfecta, aislada, inmovible— como una "Casa de tiempo y de silencio".

Yo eterno y las inmortales, bellísimas diosas estériles.

¡Qué espectáculo el de mi imaginación en movimiento!

Con la belleza hay que vivir —y morir— a solas.

Las coronas, dentro.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.

(1914 - 25).

La abandoné en el sueño, casi pura, sencilla.

Su nombre era de barca, que boga a la deriva.
En los ojos la historia con niebla de un naufragio,
y unas manos de niña, que vé volar un pájaro.

Era un montón de rosas, geranios y azucenas.
— Al alba, el camposanto, vé sus flores deshechas.
¡Qué derramados senos de una blancura usada!
¡Qué vientre reposado, con sus caderas altas!
Y dos pequeñas máscaras: las opacas rodillas,
genicillos burlones que habían montado guardia.

Reconstrucción absurda de palabras y besos.
¿De quién se ha enamorado? ¿Quién la besó primero?
¿Danzan negros desnudos en sus sueños malsanos?
¿La despiertan las voces de los niños ahogados?
¿Huyen peces de nieve, de sus manos pequeñas?
De la flor que la ofrecen, ¿surje negra culebra?

Casi pura, sencilla. Dormida, casi muerta;
no la pertenecían ni el camisón de seda,
ni el frasco de perfume, ni el fajo de billetes,
ni el mazo de barajas, ni el brillo de sus dientes.

Su nombre era de barca que boga a la deriva.
Casi muerta, dormida. Casi pura, una niña.
Fracaso que se yergue mañana y trota calles...
La muerte se hace un arco, para que Leda pase...

Enrique Amorim.

CUERPO CENTRAL

I

Tan en vano adornado de días cenicientos o azules,

Tan pronto desposeído de su drama estimable, rumoroso.

Sin duda en la dulzura de otras tierras, de otros cuerpos,

Entre diferentes climas y diferentes fronteras, cerca de otros pechos,

Con los dolores de todo ser, con los viejos y los nuevos dolores

Al borde de las copas de antiguos alcoholes apagados,

Envuelto en su guirnalda de amor, en su traje de amor.

Tan pronto sorprendido entre los veranos con enredaderas de insectos.

Como tiránico a la orilla de los pozos que construye el invierno.

Y cómo amé su entrada entre mis bienes terrestres,

La aparición de sus raíces trepadoras, de su flor de rosadas agujas,

Del rumor de sus grandes bosques, de su sueño vegetal.

Y la brillante piedra de su pecho y la fría ceniza de sus párpados

Y la sangre de sus palabras, las lenguas azules de sus movimientos.

Para recordar ese día ahí están los amigos, los viejos amigos ahí están

Tendidos sobre la tierra, a dos dedos de la tierra por fin y con el frío de su sueño,

En su constante nadar de espaldas sobre sus propias aguas de ceniza.

Ahi están los que llevaron entonces mi corazón sobre sus pechos,

Mi corazón, por supuesto, un poco victorioso, flotando, sin olvidarse de nada

Ni aún de seguir el rastro de las estrellas que de repente cambian de país.

Ahi están los que me vieron, los viejos amigos que danzaban

Al compás de ciertos cantos que nada tenían de liturgia, pero

Donde el ser crecía en un brillante espesor de lenguas abrazadas.

II

La casa en medio de los bosques, muerta entre el misterio de los bosques,

Con sus murallas sin crecer ¿están ahí todavía?

Su cadáver se destiñe cuando caen las corolas de la lluvia

Y las arañas avanzan ciegas y en negra conversación sobre su techo.

Las enredaderas que asomábanse a la puerta con su cadena de pesados botones

Y las abejas de fúnebres palabras ¿están ahí todavía?

Recuerdo que en el jardín había un árbol de dos brazos,

Un árbol sin nombre cargado de pesares y de insectos,

Obscuro en su follaje donde caía la luz como una gota

Y que en junio parecía ser el bosque flotante de los truenos.

¿Está ahí todavía?

No es fácil responder, mis amigos, los inviernos han sido pesados estos últimos

años

Y todo se ha ido hacia el Norte, hacia el Norte con flores, con días apacibles.

Los cadáveres se han quedado aquí enredados en su sueño,

En el sueño de los bosques cerrados al ruido de sus pies.

III

Paso a paso, dedicado a reunir las espléndidas delicadezas

Del corazón, atento a vastas alianzas, a antiguos sinsabores.

De aquí para allá, atormentado en su resplandor de gusano nocturno,

De paso por las gotas de rocío, por las hojas de dulces cuerdas.

Qué alimento de esperas contenidas a flor de rayo, a heridas de pesadumbre,

Vestido de su sangre derramada en miel inalcanzable,

Con los ojos brillantes de pálidas telarañas,

Confundido en la noche sin liturgia y adiestrada en abismos.

Un poco inclinado hacia sí mismo, hacia el despertar de sí mismo

En la penetrante sombra de las cosas próximas al lenguaje descado,

De la pasión caída en los hornos del pánico,

En lo profundo de la piel apenas sujeta al frío de los huesos.

¡Qué inmenso bosque estalla entonces a lo largo de sus brazos perdidos!

Atento a pequeños resplandores, a ciertos llamados de obscura geografía,

Al lento drama vegetal en sus mínimos goces y derrumbes,

Al sueño de los corales, al sueño de la nieve,

Al tardío despertar de las cosas, al radiante proceso de las fuerzas subterráneas.

Su lentitud de araña, de vago cadáver de espumas

Conoce el estruendo del mundo en su sueño de cálidas formas,

De formas de amor, a punto de morir sobre espinas,

De saber que su propia abeja cae, por fin, en una flor de negra música.

IV

Para tus pertenencias aniquiladas por el ardor de los reflejos

El tesoro de la más profunda sed es el pozo de tu rostro.

Perseguido por la vislumbre de los sucesos no acontecidos,

Engañado de muerte, engañado por el resplandor sonoro de tu boca

Y por la herencia de luces inextinguibles al paso de los días.

A tientas en el oscuro vivir, en el oscuro relieve de la nada,

Invisible al regreso de los deseos que se van justamente,

Justamente al morir la noche en las paredes de tu pecho.

Qué regirse casi en vano por la sangre derramada de las palabras

Cuando estás actuando y tendiéndote en el frío brillante de los sueños

Y en el sopor sin medida de los gozos encadenados a difíciles relámpagos.

El día se coloca en tus hombros, en la tempestad de tu frente,

Impreciso, ceñido de pulsaciones, de columnas, con el corazón en el aire.

Por entonces reposan las zonas abitadas de tus sienes

En un martilleo lento, de olas, de naufragios, de alarmas.

Y llenas la atmósfera con las mejores bebidas, con los más rectos sabores;

De livianas hojas, de ojos que han huido con las manos atadas;

De pensamientos opresos en la rueda sin música del mundo;

En el placer de las flechas de sueño directo, ensimismado en tus océanos;

De voces desconocidas en rumorosa fuga, con la sangre fatigada en chispas,

en violentas necesidades;

De la pasión enrollada a sus columnas en líquida ceniza,
En nadar de pies sobre el corazón vivo de las tinieblas,
En presión de corrientes atrasadas, en épocas de lamentada muerte,
Buen tiempo tuyo, además, fácil de distinguir por los pavorosos ángeles
sonámbulos,

Por los precipicios de frías agujas enmohecidas;
Por el trotar de caballos enloquecidos semejantes a fuegos mentales,
A las llamas de los ojos definitivamente fijos, nevados para siempre;
Por los pozos habitados de reflejos, de abrazos, de adioses, de páginas escritas
En la turbulenta placidez del deseo en noche de presidiario;
Y por el ruido de oscuras cosas alrededor de los bosques que son tuyos y
no tuyos,

No existentes ni por existir, no lejanos ni próximos, sino sólo bosques,
Bosques mentales poblados de pozos ocultos que han podido estallar
Sobre el fuego que es mío, solamente mío y porque viene de tu estatua.
Así y no de otra manera tu correr en el aire de mis angustias,
Así y no de otra manera el sabor de tus pertenencias aniquiladas,
Vivas y muertas pero a la altura del cielo de mis manos,
De mis manos que alguna vez amaron la tierra en que despiertas.

ROSAMEL DEL VALLE.



SENTIMIENTO DEL TIEMPO

LA MADRE

Y el corazón cuando con un latido
Habrá desmoronado la pared de sombra
Para conducirme, Madre, hasta el Señor,
Como una vez tú me darás la mano.

De rodillas, resuelta,
Serás una estatua delante del Eterno,
Como ya te viera
Cuando aún vivías.

Alzarás temblorosos los viejos brazos,
Como cuando expiraste
Diciendo: ¡Aquí me tienes Dios mío!

Y tan sólo cuando me haya perdonado
Nacerá en ti el deseo de mirarme.

Recordarás el haberme esperado tanto
Y un fugaz suspiro demorará en tus ojos.

SENTIMIENTO DEL TIEMPO

Va por la luz precisa,
—una sombra violácea cayendo
Sobre el macizo menos alto,
La lejanía apenas despejada,—
Cada latido mío, como es del corazón costumbre,
Pero ahora lo escucho,
Apresúrate, tiempo, a posar en mis labios
Tus labios últimos.

SOMBRA

Hombre que desesperas esperando,
Cansada sombra en la luz polvorienta,
Pronto se hará la noche
Y vagarás confundido!

FUENTE

*Tras de languidecer, el cielo
De nuevo resplandece
Y siembra de pupilas a la fuente.*

*Resurgida víbora,
Idolo ágil, reciennacido río,
Alma, verano vuelto noche,
El cielo sueña,
Implora, amo escucharte,
Mudable tumba.*

GRITO

*Casi anocheado
Reposaba sobre la hierba monótona,
Y fui gustando
Esa angustia infinita,
Ese grito turbio y alado
Que la luz cuando fallece retiene.*

DONDE LA LUZ

*Como alondra ondulante
En la brisa grácil sobre los nacientes prados,
Los brazos te saben liviana, ven.*

*Nos olvidaremos de esto,
Y del mal y del cielo,
Y de mi sangre alerta para la guerra,
Del paso de las sombras suplicantes
Entre el morado de mañanas nuevas.*

*Donde la luz ni mueve ya las hojas
Sueños y angustias dejados de lado,
Donde es pausada noche
Quiero llevarte, ven,
A las colinas de oro.*

*Libres de edad, la hora permanente,
En su perdido nimbo
Será nuestro sudario.*

UNA PALOMA

De otros diluvios la paloma espero.

RECUERDO DE OFELIA D'ALBA

*Por vosotros
Tempranamente pensativos, fué
Toda la vana luz bebida, a prisa,
Bellos ojos saciados en los párpados mudos*

*Para siempre livianos,
En vosotros, inmortales,
Anhelan descansar
Las cosas que entre dudas prematuras
Seguisteis consumiendo en sus mudanzas.*

*Pronto en el fondo de vuestro silencio
Se detendrán,
Cosas ardidadas:
Nombres, emblemas eternos,
Evocaciones puras...*

CANTO

*Quando se apaga toda luz
Y no veo sino mis pensamientos
Una Eva desciende como una araña
Y deja sobre mis ojos
La tela de los paraísos perdidos.*

CAIN

Corre sobre las arenas fabulosas
Y es ligero su pie.

Oh pastor de lobos,
Posees dientes agudos como la luz
Que punza nuestros días.

Terrores, arrojos,
Ulular de las selvas, aquella mano
Que parte sin esfuerzo viejos robles,
Fuiste creado a imagen del corazón.

Y cuando la hora se hace oscuramente espesa
El cuerpo alegre,
Estás tú entre los árboles encantados?

Y mientras desato la pasión,
La hora cambia, te agitas sombríamente,
Con mi paso me huyes.

Como una fuente en la sombra, dormir!

Cuando la mañana no aclaró aún,
Serás recogida, alma,
por una dulce onda.

Alma ¿no podré consolarte nunca?

¿No dejaré de ver sangre en la noche?

Hija indiscreta del hastío,
Memoria, memoria incesante,
Las nubes de tu polvareda
¿no hallarán el viento que las disperse?

Los ojos se me tornarían inocentes,
Contemplaría la primavera eterna.

Y, finalmente renovada,
Oh memoria, volverías a ser pura.

SENTIMIENTO DEL SUEÑO

CANTO PRIMERO

Las nubes me llevan de las manos.

*Quemo espacio y tiempo sobre las colinas,
Como un mensajero tuyo,
Como el sueño, divina muerte.*

CANTO SEGUNDO

Cerraste los ojos.

Nace una noche
Plena de falsos agujeros,
De sonidos muertos,
Como de corchos
De redes echadas en las aguas.

Tus manos se vuelven un soplo
De lejanías inviolables,
Inaferrables como las imágenes.

Y el equivoco de la luna
Y el mecerse, dulcísimo,
Si deseas posarlos sobre los ojos
Te hieren el alma.

Eres la mujer que pasa
Como una hoja.

Y abandona en los árboles una llama de otoño.

CANTO TERCERO

*Oh bella presa
Voz nocturna,*

Tus contoneos
Fomentan la fiebre.

Sólo tú, memoria demente,
Podías captar la libertad.

Sobre tu carne inaferrable
Y vacilante en los espejos turbios,
¿Cuáles delitos, sueño,
No me enseñaste a consumir?

Con vosotros, fantasmas, no guardo misterios

Y de vuestros remordimientos
Se me puebla el corazón
Cuando amanece.

SILENCIO ESTRELLADO

Los árboles y la noche
No se mueven más
Sino en los nidos.

GIUSEPPE UNGARETTI

♦ NOTA INDISPENSABLE: Los poemas que traduzco, con un mínimo de traición, pertenecen al último libro de Ungaretti, *Sentimento del Tempo* (Vallecchi, 1933), y son la expresión de su poética más reciente. El volumen anterior, *Allegria*, resumiendo su obra de varios lustros, fué publicado hace apenas dos años (Preda, Milano) y traicionado íntegramente por Vicente Spinelli (Buenos Aires, "Biblioteca del Littorio"), pese a la mejor voluntad de Gerardo Marone. Traducir a Ungaretti es más difícil que hacerlo con poemas de Pascoli o Pallazeschi, cuyos valores son, en la mayoría de los casos, puramente rítmicos. Ungaretti plantea y trata de resolver problemas esenciales de poesía. Sus libros desenvuelven una larga *suite*, casi impalpable, en que palabras, puntuaciones y pausas entran en función para revelarnos la realidad profunda del poeta. Los poemas de Ungaretti se hallan sabiamente contruidos "por dentro", con la solidez de una de esas rocas que emergen

en medio del mar un ángulo esquivo entre las espumas. Antirretórico, como Elouard o como Juan Ramón Jiménez, en alguna parte de sus obras. Una vez dije como Valery; pero no: Valery es todo retórica. Un Valery descarnado, esto es, un Valery sin lo que está demás en el poeta francés, y con un mundo mucho más numeroso. En estos términos acaso, podría establecer un paralelo. Ungaretti recela de la fidelidad que los demás puedan atribuir al contenido que él asigna a las palabras de sus poemas. Y emplea el número más reducido de ellas — y estas en una acepción siempre convencional, casi esotérica, sólo vivas en el tono que sabe imprimirles. Históricamente descendi de Leopardi, se opone a D'Annunzio e influye en casi todos los poetas nuevos de Italia. Alguien sostuvo su genealogía francesa, pero está probado que acontece todo lo contrario: Ungaretti ha influido en numerosos poetas de Francia, con algunos de sus cuadernos publicados en francés y en París. Su influjo es siempre saludable porque tuerce el cuello a la elocuencia, tan respetable en política, como voluntad, pero tan desgraciada para la poesía. (Govoni es en la misma Italia un término de referencia). Ungaretti nació en Alejandria de Egipto, en 1888. Estudió en el antiguo país del Nilo, luego en París (1909-14), actuando, al estallar la guerra, en varios frentes desde el año 15. Sus publicaciones en francés se remontan a aquella época (*La Guerre, Paris 1919*, 80 ejemplares); actualmente reside en Italia, en una de las colinas que cercan a Roma. Su producción es frecuente en el "Corriere della Sera", "L'Italia Letteraria" y otras revistas y periódicos de la península. "Commerce", también lo cuenta entre sus colaboradores. Acerca de su obra han escrito los principales críticos de la vieja y la nueva generación italiana, desde Thovez hasta Gargiulo. (P. J. V.).



LA TERTULIA DE LOS VIERNES

A la Sra. Nieves Gonet de Rinaldini.

Mientras la enorme ciudad por calles y plazas mueve sus rebaños de automóviles de balidos diferentes, y las ventanas despiertan, y los jardines se duermen, y el centro es un torbellino de azules, rojos y verdes, y un blanco y negro de cines y un turbio de cabaretes, enciende su luz tranquila la Tertulia de los Viernes. Y que no la enciende en vano dan señales bien patentes porcelanas y cristales en generosos manteles.

Gira toda la tertulia, es claro, en torno de Nieves: a pesar del nombre frío no vi más férvido eje. Ella lleva el pensamiento en los labios elocuentes, o en los brazos armoniosos ya lo salta o ya lo mece. Carácter excepcional y temperamento ardiente, de haber nacido princesa fuera la más eminente. Castillos que ella tuviera nunca llevarían puentes, y por su mano otorgara las rosas y los laureles, bastando sólo el talento y un mínimo don de gentes. Por eso con disimulo que mil aplausos merece, primero mide los pies, después calcula las frentes.

Le asiste su única hermana, por serlo, Perla, y por breve, más pozo que torrecilla y más cisterna que fuente.

Bien se nota lo que vale noche que no esté presente.

Amado Alonso se fué a Inglaterra la lueña y un día trajo a Juanita, sabréis con lo que volviere: la sencillez y la gracia, algo de neblina y césped, pincelados de español los róseos labios ingleses.

Alli Isabel la de Ureña, gloria de las Isabeles, calla ojos de terciopelo, dicta palabras de mieles; y lo que la noche avanza o el sueño la desvanece, cobra un interés romántico de gijivas y de cipreses.

Matia Rosa Oliver es tan pequeña y tan leve, que en el hueco de un sillónido de seda se teje, y desde él su monarquía a todas partes extiende, a puro fulgor de ojos, a puro brillo de dientes.

Digamos de Rinaldini las palabras más corteses puesto que él con todo el mundo las gasta naturalmente. Acaba de abandonar el erudito bufete donde oprime con un bronce Oriente con Occidente.

Con dos Alfonsos se adorna la Tertulia de los Viernes, y con dos Pedros también ambos los dos excelentes, docto el uno en hacer versos

y el otro en darles sus leyes. Dos Alfonsos y dos Pedros, lírica baza de reyes.

Que Amado Alonso en colores su juventud manifieste, su rebeldía en cabellos caídos sobre las sienes. Dueño y señor de palabras anticuadas o corrientes, bien se le puede llamar señor de vidas y muertes.

Alli Julio Rey Pastor el vuelo atrevido tiende que no hay cumbre que no alcance ni cielos a que no llegue. Cómo no alcanzar a todo, cómo a todo no atrevere si tales ojillos clava, si tales narices tiene.

Y Carlos Alberto Leimann, de tan agudo, se duerme; pero habrá que estar atento al punto que se despierte, que, buzo de corazones, en tinieblas se divierte.

Sólo hablo de estas figuras familiares, permanentes, porque, puesto a hablar de todos los que por acaso vienen, o a evocar sombras ilustres no alcanzarían papeles.

Mas ya camina la noche y el tumulto exterior cede. Se hace una calma de focos y avenidas con aceite, y el silbo de un vigilante lento arabesco distiende. Bajan sedas perezosas de las discretas paredes, lámparas de pergamino bloques de oro parecen, hay un vuelo de abanicos muy pausado en el ambiente, en el rincón de los libros brilla dorado filete, se nota el caer de un pétalo sobre el hombro de algún mueble, hacia el techo flota alguna nubecilla azul celeste, y en oasis de silencio, el alma, palmera, crece.

APENDICE

Tres estrellas ha: subido la Tertulia de los Viernes: en un tercer piso ahora sus veladas entretiene. Los árboles de la calle infantiles, meteretes, se empinan en sus raíces para ver lo que sucede. Hay una gran chimenea que se prende o no se prende, pero con fuego o sin él la sacra llama mantiene. Además, sin chimenea, no hay salón ni gabinetete: un codo sobre su mármol mejor el decir se vierte;

que lo digan en estampas poetas y petimetres.

Baldomero Sanín Cano es éste que ahora aparece, los ojillos sin pestañas y el cráneo muy reluciente. Si ha tomado la palabra no hay temor de que la suelte y tiene razón, que nunca tuvo más florido albergue: la erudición más piloto, ni el viaje mejor grumete.

Francisco Romero entra y el trocaico se detiene.

que en ritmos alejandrinos
cantárase se le debe.
Su elástica corpulencia
cifó marciales arneses;
hoy, bajo túnicas blancas,
como un asceta enjutece,
que en cátedra rigurosa
se consume, pues se enciende.
Tiene guerra declarada,
al fantasma, al matasiete.
Rostro a quien la timidez
empurpa de claveles
aún más que la rica sangre
que le corre y que le hierve.
Maquer su fábrica grave
yo le veo transparente.

Vossler es este alemán
a quien la luz esclarece.
Jamás la noble Heidelberg
soltó neblí que más vuele.
Tú vendrás de donde quieras,
serás sabio y hasta hereje,
mas un castellano viejo
es todo lo que parece.
De paño negro te vistes
te calzas de botas fuertes,
tienes el color de tierras
de amapolas y de mieses,
y aborascados los pelos
de patillas y copete.

Solo te falta al bolsillo
cadenón de plata breve,
y un pañuelazo de hierbas
para secarte la frente.
Con una vara en la mano,
con una capa solemne,
con una montera alitiva,
y justiciero, y prudente,
¡qué hermoso tallo de alcalde
del pasado o del presente!

Por las abiertas ventanas
apunta, galán, Noviembre;
es mes de retamas de oro
en grandes haces silvestres.
Entre flores y entre humos
la Tertulia de los Viernes
bogando en suaves colores
se emperla y amarillece.
Yo esperé para cantarla
estos días indulgentes,
en que versos y perdones
se exhalan tan fácilmente.
Acepta, Señora, entonces
mi romance consecuente,
romo por donde lo mires
solo aquído por apéndice
y que tus manos me abuelvan
y que tus nieves me quemen.

AUSENCIAS

La batuta de la vida,
que no es una rama verde,
sino un vástago de ébano
sinistro y resplandeciente,
dispersa de vez en cuando
amigos que bien se quieren,
como plumas, como briznas,
o levisimos papeles.
Y los que quedan, se acuerdan,
se acuerdan de los ausentes.

Sanín Cano está en Colombia,
donde le finge la mente
todo vestido de blanco

bajo un quitasol de preste,
apacarando esmeraldas,
descabezando serpientes.

Y allá en Río de Janeiro
se madura Alfonso Reyes,
en soledades de arena
y en silencios de vergeles.
Me dicen que tarde a tarde
Alfonso salta a los muelles,
a dejarse las miradas
en el jazmín de las hélices,
que le atosigan bordados
y el espadín se enmohece.

Henríquez Ureña vive,
mejor dicho, languidece,
en la partida Española
entre palmas y bajeles.
La patria le hizo una seña
y él se fué sin que se fuese.
Allí le adulan ciclones
y maremotos le mecen,
y le corrompen la sangre
literaturas y fiebres.

Sé que llora en la marina
nostalgias bonaerenses,
mientras que Santo Domingo
al sol tuesta sus vejecitos:
campanarios y murallas,
veletas y falconetes.

Retratros surcan espumas,
cartas van y cartas vienen...
¡No se consuela de ausencias
la Tertulia de los Viernes!

RECEPCION DE MORENO VILLA

He aquí a Moreno Villa
contortulido de los Viernes,
revolviendo los ojillos
sobre cacharros y muebles.

Siéntate, andaluz, al fuego,
brazos y piernas extiende,
que hace un frío en Buenos Aires
como en Castilla en Diciembre.
Frío de veredas frías
sin una gracia de nieve.

Yo te hubiera paseado
en un tiburón indolente,
y arrojado al mar y al cielo
como preguntas, mis redes:
plumajes de colibríes
o escamas de pejerreyes.
O tras haber arrendado
sudor y cuero al palenque,
te hubiera brindado un mate
como un sentito caliente.

Pero no hay tiempo de nada:
ya llegas y ya te vuelves.

¡Cómo has dejado llegar
tanta ceniza a las sienes?
Los mismos años tenemos,
mirándote, me estremeces.
Veo que mi juventud
en pelos negros se duerme,
y que depende de un pelo
el negocio de la muerte.

Taraceas y arabescos
olvida, amigo, si puedes,
y que doren tanta plata
ya quebrachos, ya caldenes.
Endereza la cintura,
alza del pecho la frente,
mira en los morillos ascuas
y en las bandejas jereces.
Yo por mi parte prefiero
dulzuras de té con leche.

YO

Hoy que sale a callejear
la Tertulia de los Viernes,
no quiero quedarme en casa
atrancados los cancelos.

Yo soy este del rincón
le sotabarba y de vientre.

sin gracia para soltar
de mi capote los pliegues:
quiero decir la sin hueso,
y callo por consiguiente.
Que oigo danzar los minutos
con paso de fofoleto.
Dios me hizo más de ojos

que de labios elocuentes:
no atiendas a lo que diga,
mira más bien lo que espeje.
No tengo palabra fácil
al corrillo de las gentes,
y las respuestas sabrosas
se me dan al día siguiente.
Aunque tal vez mano a mano
fuera todo diferente,
sobre alféizares de luna
o sobre el mar, entre obenques.
Déjame estar en silencio,
seme por hoy obediente,
que los versos caen en mi
tan pausados y silentes
como caería tu nombre
si en copos se deshiciere.

No me tengas por reseco,
arcilla o pedrusco inerte,
si en apretones de manos
los lagrimones abrevie.
Sé dónde flota la nube,
y dónde rocia y llueve,
más sólo beso entre sombras
y sólo lloro al relente.

En mi entrecejo fruncido
tengo una alondra impaciente,
y en el arco de los labios
más tristezas que desdenes.
Para la amistad me creo
de espadas y de lebreles.
Así soy, o más o menos,
el que quiera que me enmiende.

FERNÁNDEZ MORENO.



NOTA. — "Con dos Alfonsos se adorna" — dice la crónica romaneada y, verso adelante: "y con dos Pedros también". Refiérese el poeta aquí a los Alfonsos Reyes y de Lafrere, y a los Pedros Henríquez Ureña y Miguel Obligado, que habitualmente concurrían a la tertulia de los viernes. La primera parte de esta crónica publicó en el "Repertorio Americano", que dirige García Monto; el "Apéndice", en una revista centroamericana, que dirige Henríquez Ureña. Aquí se da la pieza íntegra, que es un documento lírico entre la polvorienta vida literaria de Buenos Aires.

RESIDENCIA EN LA TIERRA

UNIDAD

Hay algo denso, unido, sentado en el fondo,
repetiendo su número, su señal idéntica.
Cómo se nota que las piedras han tocado el tiempo,
en su fina materia hay olor de edad,
y el agua que trae el mar, de sal y sueño.

Me rodea una misma cosa, un sólo movimiento,
el peso del mineral, la luz de la piedra,
se pegan al sonido de la palabra noche:
la tinta del trigo, del marfil, del llanto,
las cosas de cuero, de madera, de lana,
envejecidas, desteñidas, uniformes,
se unen en torno a mí como paredes.

Trabajo sordamente, girando sobre mí mismo,
como el cuervo sobre la muerte, el cuervo de luto.
Pienso, aislado en lo extenso de las estaciones,
central, rodeado de geografía silenciosa:
una temperatura parcial cae del cielo,
un extremo imperio de confusas unidades
se reúne rodeándose.

SABOR

De falsas astrologías, de costumbres un tanto lúgubres,
vertidas en lo inacabable, y siempre llevadas al lado,
he conservado una tendencia, un sabor solitario.

De conversaciones gastadas como usadas maderas,
con humildad de sillas, con palabras ocupadas

en servir como esclavos de voluntad secundaria,
teniendo esa consistencia de la leche, de las semanas
muertas,
del aire encadenado sobre las ciudades.

¿Quién puede jactarse de paciencia más sólida?
La cordura me envuelve de piel compacta
de un color reunido como una culebra:
mis criaturas nacen de un largo rechazo:
ay, con un sólo alcohol puedo despedir este día
que he elegido, igual entre los días terrestres.

Vivo lleno de una sustancia de color común, silenciosa
como una vieja madre, una paciencia fija
como sombra de iglesia o reposo de huesos.

Voy lleno de esas aguas dispuestas profundamente,
preparadas, durmiéndose en una atención triste.

En mi interior de guitarra hay un aire viejo,
seco y sonoro, permaneciendo, inmóvil,
como una nutrición fiel, como humo:
un elemento en descanso, un aceite vivo:
un pájaro de rigor cuida mi cabeza:
un ángel invariable vive en mi espada.

COLECCION NOCTURNA

He vencido al ángel del sueño, el funesto alegórico:
su gestión insistía, su denso paso llega
envuelto en caracoles y cigarras,
marino, perfumado de frutos agudos.

Es el viento que agita los meses, el silbido de un tren,
el paso de la temperatura sobre el lecho,
un opaco sonido de sombra
que cae como trazo en lo interminable,
una repetición de distancias, un vino de color confundido,
un paso polvoriento de vacas bramando.

A veces su canasto negro cae en mi pecho,
sus sacos de dominio hieren mi hombro,
su multitud de sal, su ejército entreabierto
recorren y revuelven las cosas del cielo:
él galopa en la respiración y su paso es de beso:
su salitre seguro planta en los párpados
con vigor esencial y solemne propósito:
entra en lo preparado como un dueño:
su sustancia sin ruido equipa de pronto,
su alimento profético propaga tenazmente.

Reconozco a menudo sus guerreros,
sus piezas corridas por el aire, sus dimensiones,
y su necesidad de espacio es tan violenta
que baja hasta mi corazón a buscarlo:
él es el propietario de las mesetas inaccesibles,
él baila con personajes trágicos y cotidianos:
de noche rompe mi piel su ácido aéreo
y escucho en mi interior temblar su instrumento.

Yo oigo el sueño de viejos compañeros y mujeres amadas,
sueños cuyos latidos me quebrantan:
su material de alfombra piso en silencio,
su luz de amapola muerdo con delirio.

Cadáveres dormidos que a menudo
danzan asidos al peso de mi corazón,
qué ciudades opacas recorreremos!

Mi pardo corcel de sombra se agiganta,
y sobre envejecidos tahures, sobre lenocinios de escaleras
gastadas,
sobre lechos de niñas desnudas, entre jugadores de football,
del viento ceñidos pasamos:
y entonces caen a nuestra boca esos frutos blandos del cielo,
los pájaros, las campanadas conventuales, los cometas:
aquél que se nutrió de geografía pura y estremecimiento
ese talvez nos vió pasar centelleando.

Camaradas cuyas cabezas reposan sobre barriles,
en un dismantelado buque prófugo, lejos,
amigos míos sin lágrimas, mujeres de rostro cruel:
la media noche ha llegado, y un gong de muerte
golpea en torno mío como el mar.
Hay en la boca el sabor, la sal del dormido.
Fiel como una condena a cada cuerpo
la palidez del distrito letárgico acude:
una sonrisa fría, sumergida,
unos ojos cubiertos como fatigados boxeadores,
una respiración que sordamente devora fantasmas.
En esa humedad de nacimiento, con esa proporción tene-
brosa,
cerrada como una bodega, el aire es criminal:
las paredes tienen un triste color de cocodrilo,
una textura de araña siniestra:
se pisa en lo blando como sobre un monstruo muerto:
las uvas negras inmensas, repletas,
cuelgan de entre las ruinas como odres,
oh capitán, en nuestra hora de reparto
abre los mudos cerrojos y espérame:
allí debemos cenar vestidos de luto:
el enfermo de malaria guardará las puertas.

Mi corazón, es tarde y sin orillas,
el día como un pobre mantel puesto a secar

oscila rodeado de seres y extensión:
de cada ser viviente hay algo en la atmósfera:
mirando mucho el aire aparecerían mendigos,
abogados, bandidos, carteros, costureras,
y un poco de cada oficio, un resto humillado
quiere trabajar su parte en nuestro interior.
Yo busco desde antaño, yo examino sin arrogancia,
conquistado, sin duda, por lo vespertino.

ARTE POETICA

Entre sombra y espacio, entre guarniciones y doncellas,
dotado de corazón singular y sueños funestos,
precipitadamente pálido, marchito en la frente,
y con luto de viudo furioso por cada día de vida,
ay para cada agua invisible que bebo soñolientamente,
y de todo sonido que acojo temblando,
tengo la misma sed ausente y la misma fiebre fría,
un oído que nace, una angustia indirecta,
como si llegaran ladrones o fantasmas,
y en una cáscara de extensión fija y profunda,
como un camarero humillado, como una campana un poco
ronca,
como un espejo viejo, como un olor de casada sola
en la que los huéspedes entran de noche perdidamente
ebrios,
y hay un olor de ropa tirada al suelo, y una ausencia de
flores,
posiblemente de otro modo aun menos melancólico,
pero, la verdad, de pronto, el viento que azota mi pecho,
las noches de substancia infinita caídas en mi dormitorio,
el ruido de un día que arde con sacrificio,
me piden lo profético que hay en mí, con melancolía,
y un golpe de objetos que llaman sin ser respondidos
hay, y un movimiento sin tregua y un nombre confuso.

CANTADO DEL QUE QUISO SER JUSTO

La muerte no es soledad y silencio, no; es un vaiven, un canto maternal, eternamente.
Movimiento del mundo para acunar los muertos.
Porque aunque el hombre se equivoca,
tierra, tu sueño es de justicia.

Intentabas ser justo en toda relación.
Para que no te creyeran distinto, desnudaste tu costado oprobioso.
Has perdido por eso la mano del amigo
y aquella no quiere compartir hoy tu lecho.
La justicia no siempre se comprende; ellos entenderán después, cuando quieran ser justos.
Hoy piensas en tu soledad, heroicamente, luego, entristecido,
buscas la mano amistosa o el cuerpo fácil al tuyo.
Y no están.

Piensas que sólo hay dos realidades: la vida y la muerte, que se confunden en el tiempo.
Y la espiral de aquel vientre, que surge del ombligo y se pierde, vertiginosa, en lo infinito.
La muerte es una y distinta, una y distinta siempre en el espacio.
Lo extraordinario de la vida está en todo menoscabo, renunciar o muerte.

Natural es la pérdida del amigo, la de la mujer, siempre escondida en su pasión.

Tocas tu cuerpo y lo sientes ardiente y despreciado, ah, en toda *aventura*, en toda experiencia,
el cuerpo ardiente y despreciado.
Criaturas de tierra, sufridas en emoción y deseo, gimiendo un recuerdo de *mujer* o de amigo,
piensas: la muerte lo requiere.

Los días saben entre sí de soledad.
Ellos que un nivel de tiempo se diferencian, saben que el *perro* de la soledad lame por
igual sus manos.
Amiga, amiga, nos desune este sueño mío de justicia,
y ya ni la pasión puede vencer la soledad.
Y yo quiero decirte, en esta tardanza en que aún nos conocemos,
que un día todos entenderán, vueltos a la tierra,
sobre la que los hombres divergen,
porque es el equilibrio de la tierra un dilatado sueño de justicia.

GONZÁLEZ CARRALHO.



DESCUBRIMIENTO

Fondo del mar o cielo de almas,
luz de recuerdo,
luz de silencio,
luz de tiempo ido o venidero
la luz de tu cuarto.
La misma luz que he visto en el alba,
luz de deseo,
luz de sueño,
luz de anochecer lento
la luz de tu cuarto.

La luz de tu cuarto tiene luna.
Lo digo y lo pruebo.
Lo digo con la voz más alta
venida de más lejos en mi pecho:
voz con el prestigio de su viaje
desde mi corazón a mi silencio.

Lo pruebo con mostrarte mis ojos
en los que arde un suave fuego:
su luz es la luz de tu cuarto,
fondo del mar o cielo de almas.

La misma luz que he visto en el alba
cuando iba a tu encuentro,
cuando sin saber que vivías
mi pena era el deseo de tu beso.

Luz de recuerdo y de silencio
como la que veo en torno a las figuras
de los que han muerto.
Luz de deseo, luz de sueño,
atmósfera propicia
para crear un mundo nuevo.

JUSTIFICACION

Quisiera el tono de las mareas
qué, en noches de verano cantan sobre las playas
o la voz del viento que azota las costas
y estremece pájaros de miedo entre las jarcias:
o la voz de mi niño
ya lejano:
o la voz de las grandes palabras
que los grandes pájaros del mar
pronuncian con sus alas:
o la voz de las sirenas de las naves
cuando demarran;
o la voz del corazón agradecido
para encenderla en alabanza.
Pero sólo tengo mi voz,
pero sólo tengo mi tono
y mi alma.

AUGUSTO MARIO DELFINO.

EL MARTÍN PESCADOR

Conocer paciente
Y sutil de la íntima corriente...

Don Martín, ¡quién pudiera,
Desde el puesto feliz de la ribera,
Pescar así, con su sabiduría!

El agua va para tu ojo viva
De llamados y asuntos. Sólo sabe
Tu bonita atención, acrecentada
Por el sigilo y la pausa selvática...

El acechante pulso de tu flecha
Fija en tu pico el ejercicio cierto.

Y arrojo, pico y agua ponen lúida
Y viviente la pesca voladora.

Tú puedes enseñar
El hundimiento sabio de volar.

EL ESPINERO

¡Los espineros! ¡Los espineros!

¡Vamos a bañarnos
Con la sandía sobre la cabeza...

Y ellos, desde sus nidos, en los álamos,
Nos chillaban su pícara presencia.

Era por los caminos del Verbal,
Frente a las chacras cándidas de
¡Urrutia,
Bajo las cinacinas del botero...

Siempre el espinero
Con su nido de puntas, bolso y flojo,
Y su pico arto.

¡Ladrones de sandía!
¡La policía! ¡La policía!

PEDRO LEANDRO IPUCHE.

NOTAS: II - La poética del Abate Bremond (1)

El abate Bremond niega en absoluto que la poesía sea conocimiento. La poesía —dice él— no es conocimiento porque en ella no se aprende nada. Claro es, el poeta no puede hablar sino con palabras; no puede servirse de palabras sin enunciar ideas; no puede enunciar ideas sin que algo se aprenda en ellas. Pero es poeta tan sólo cuando consigue infundir a las palabras una virtud nueva, mágica; sólo en cuanto consigue hacer que ellas capten ese fluido eléctrico por el cual no sólo nos enriquecemos con las ideas que esas palabras contienen, sino que nos sentimos sacudidos en lo más profundo de nuestro ser, por algo que las trasciende. La poesía no es conocimiento, pero sí inefable e intraducible experiencia. Y hasta aquí concuerdo con el abate Bremond.

La poesía (y todo lo que diga Bremond de la poesía debe extenderse al arte en general) no es conocimiento, ni de lo individual ni de lo universal; si la poesía fuere conocimiento, leída dos o tres veces cuando más, ya no tendría secretos y dejaría de interesar y gustar (¿quién, sino un especialista, lee más de dos o tres veces un libro de historia, por ejemplo, cuya finalidad sólo es la de comunicarnos un conocimiento? El hecho simple de que jamás nos cansamos de leer y releer un poema, aunque de escaso contenido intelectual, pero hermoso en verdad, demuestra que habla a otras potencias que las cognitivas, que se enriquece con algo más que con otro conocimiento.

¿Es entonces una experiencia el arte? ¿Pero de qué género? Es —dice el abate Bremond,

(1) El abate Henri Bremond, recientemente fallecido, fué el promotor hace algunos años — 1924, 1926 — de una conocida discusión en torno de la naturaleza de la poesía. Entre las obras que particularmente se reflejaron a este tema publicó el autor la citada *Prière et Poésie*, y, con Robert de Souza, *La Poésie Pure* (Ed. Grasset). No son estas, por supuesto, sus obras fundamentales. El artículo de Tilgher que traducimos esboza una crítica a la poética del abate, crítica que compartimos en algunos de sus puntos.

que se apoya aquí en sus estudios sobre la mística francesa del Seiscientos y Setecientos — una experiencia que es a la experiencia mística como el menos al más, como el béceto al cuadro perfecto y acabado. En la experiencia poética como en la mística no es el conocimiento lo que acrece: es la comprensión. Antes sabíamos, ahora comprendemos; tucamos, poseemos. Anteriormente teníamos ideas claras, limpias, diferentes; ahora la realidad misma, que aquellas ideas revelaban y destruían a la vez, nos envuelve, inunda y penetra por todas partes. La idea vuelve vida, calor, llama, luz; las barreras que nos separan de los seres caen, y nosotros penetramos en el corazón mismo de los seres, en nuestro mismo corazón profundo, lo alcanzamos, vivimos su vida, latimos en su latido, llevamos en sus dolores, gozamos de sus gozos, nos fundimos con él. Una terna de contacto inmediato, súbita, unidora con la realidad: eso es la experiencia poética. Y, como tal, de la misma naturaleza que la experiencia mística. Sólo que en la experiencia mística el espíritu entra en contacto con Dios, y en la experiencia poética, en cambio, entra en contacto con el yo profundo del poeta y, a través del mismo, con el alma de las criaturas.

Es verdaderamente extraño que el abate Bremond no haya reparado que así como plantea la cuestión no hace sino certificar la muerte de la poesía y del arte en general. En efecto, según él en cuanto inmediata adherencia a la realidad, nada tiene de propio la poesía: es experiencia mística. Sólo que en cambio de permanecer satisfecha y sosegada en el inmenso abrazo de lo divino, sumergida en aquella tiniebla luminosa con que los místicos paragonan la unión con Dios, el poeta ensaya la irresistible necesidad de traducir, de comunicar a los demás esa experiencia suya, para lo cual ve obligado a refluir del centro a la superficie, a poner en movimiento las actividades externas del alma (inteligencia, razón, etc.), a recurrir a las palabras para llevar al yo profundo del lector aquella corriente fluidica que lo consume y eleva.

El poeta, entonces, según Bremond, es un

místico abortado, fracasado, trunco. La experiencia poética es poética solo porque como experiencia mística vase impedida de alcanzar su propia finalidad. La poesía, Bremond lo dice con todas las letras, es una plegaria que no ruega, una musca, un sucedáneo de la plegaria: útil, excelente porque provoca nostalgias de una plegaria perfecta; peligrosa por lo independiente; y no sólo peligrosa, sino nociva al espíritu religioso. (Cfr. *Prière et Poésie*). Y entonces solo me quedaría acorralar al abate entre los cuernos de un agudo dilema, invitándole a contestar categóricamente a este *aut-aut*:

—O la poesía es buena en sí, perfecta en sí, acabada en sí, y su teoría se deshace en mil pedazos, muchos de los cuales, estoy dispuesto a reconocerlo, son buenos, más todavía: excelentes, pero no nuevos.

—O la poesía es lo que afirma, y entonces, si la poesía es buena como introducción a la plegaria, como experiencia religiosa a medias, ¿no desaparece en la experiencia religiosa perfecta y acabada? Y entonces, por ventura, ¿en qué se diferencia la posición que adopta de la que adoptan todos los filósofos que habiendo hecho del arte un conocimiento imperfecto (conocimiento de lo individual, o conocimiento de sentimiento e inteligencia; o conocimiento simbólico y místico) fueron obfoscados al obligados a admitir su desaparición ante el conocimiento perfecto? Hegel hacia del arte una filosofía imperfecta y concluida lógicamente en la muerte del arte, una vez amanecido el sol de la filosofía perfecta (modestamente identificada con la suya); siguiendo el mismo razonamiento lógico, el abate Bremond debería darle muerte en la mística. Y el arte, en cambio, quiere vivir, vivir, vivir. Y jamás le hará vivir una estética que se refuse a hacer del arte una experiencia *sui generis* que no

se disuelva en otras, que no desemboque en otras, que no se complementen en otras, que no sea a otras como el menos al más, como lo imperfecto a lo perfecto, como la sombra a la luz, como la copia al modelo. El arte dueño de sí, en una palabra.

La estética del abate Bremond tiene todos los inconvenientes de la estética mística. ¿El arte es un medio de comunicarse con una realidad profunda exterior al artista, que existe sin él y antes que él? Entonces, el artista es pasivo, descubre y no crea, recibe y no da, halla y no inventa. Alcanzar esa realidad no depende de él: es don graciable de la realidad, de Dios, que quiere comunicarse con el poeta, no es actividad del poeta mismo. Y las palabras a través de las cuales el poeta comunica su inefable experiencia no son esenciales para esta experiencia: aún admitiendo que el poeta lo es porque desea comunicar sus experiencias, aún admitiendo que es poeta entonces porque al contacto de su experiencia las palabras se llenan e iluminan como el filamento de una lámpara eléctrica al paso de la corriente; siempre queda aquello de que, como la corriente no deja de ser corriente aunque no atraviese el filamento, así la experiencia poética para Bremond es tal aún antes de traducirse en palabras. Y en cambio, según nuestra opinión, lo bello no existe sino en la experiencia que se realiza; no se es artista sino creando obras de arte; y una experiencia poética que no nazca como experiencia de música de palabras es *flatus vocis*, nada, cero.

El abate Bremond es un místico de la poesía. Pero nosotros deseamos retrotraer la poesía a la tierra, izada por él al cielo, celebrando en ella una actividad y una obra del hombre.

Adriano TILGHER
(ESTETICA, Roma, Libreria di Scienze e Lettere, 1931 - IX, Pág. 193-200 - Trad. P. J. V.)

REVISTA POESIA MENSUAL

PRECIO DE ESTE NÚMERO: 0.30 CTVS.

Suscripciones y Publicidad:

JOSEFINA BERRONDO ARGÜELLES

Seaver 1656 (6.º II)

U. T. 41-5881

Buenos Aires

SUSCRIPTORES EXTRAORDINARIOS

ABOGADOS

Dr. BAROLOME J. RONCO

AZUL _____ U. T. 37-0868
Estudio Jurídico (P. C. S.)

Dr. ALBERTO GARMARINO

RIOJA 1309 _____ U. T. 35-3509
de 14.30 a 18 horas

ANTONIO MANUEL MOLINARI
FLORIDA 251 _____ U. T. 33-6371

Estudio Jurídico de los

Drs. DIEGO LUIS MOLINARI
Y CARLOS MARIA BRIAN

PIEDRAS 180 _____ U. T. 37-0868

Dr. MARIO A. DE TEZANOS PINTO
TUCUMAN 1110 _____ U. T. 35-2379

Dr. HORACIO J. MONTENEGRO
TUCUMAN 1110 _____ U. T. 35-2379

Dr. ARTURO BARCIA LOPEZ
TUCUMAN 1353 _____ U. T. 38-4741

Dr. EMILIO LEVERATTO
HUMBERTO 1, 826 _____ U. T. 23-5317

Dr. EDUARDO ARAUJO
LIBERTAD 257 _____ U. T. 35-2333

Dr. ERNESTO LACLAU
del N. Barco Italiano

Av. R. SAENZ PESA 615 — U. T. 35-3964

MIGUEL Y MAXIMO BOMCHILL
Av. R. SAENZ PESA 530 — U. T. 33-6626

Estudio de los

Drs. RODOLFO ARAMBARRI
Y JULIO HERRERA

LAVALLE 1282 _____ U. T. 35-1159

Dr. RICARDO PARODI
25 DE MAYO 145 _____ U. T. 33-6923

Dr. PEDRO LOPEZ ELTCHERY
PUEYREDON 1080 _____ U. T. 41-4144

ARQUITECTOS

J. M. ACEVEDO

Ing. Civil
THAMES 2246

JORGE BUNGE

CORDOBA 991 _____ U. T. 41-5529
Estudio:

MEDICOS

Dr. AUGUSTO GANDOLFI HERRERO

CORDOBA 1237 _____ U. T. 44-5708
Reumatismo

Dr. JUAN NAIM

CORDOBA 827 _____ U. T. 44-5716
Enfermedades de las vías respiratorias

Dr. FLORENCIO ESCARDO

CALLAO 433 _____ U. T. 38-3718
Niños

Dr. OSVALDO LOUDET

AYACUCHO 652 _____ U. T. 47-5330
Nerviosas

Dr. RAUL PIETRANERA

AZCUENAGA 1268 _____ U. T. 44-4557
Maternidad

Dr. CARLOS E. VIGNALE

OLAVARRIA 449 _____ U. T. 21-0360
Clínica general

Maternidad Colonial

JEFE: Dr. STAGLIANO

LANUS _____ U. T. 158
Obstetricia y ginecología

Dr. FRANCISCO LOMBARDO

HIDALGO 1775 _____ U. T. 54-0457
Nerviosas y mentales

ALFREDO O. RAFFO

CHARCAS 738 _____ U. T. 31-0620
S. JUAN 2706
U. T. 45-2336

Dr. JULIO A. CRUCIANI

SAN JUAN 3510 _____ U. T. 45-2904
Vías respiratorias

Dr. EDUARDO AMORETTI

CORDOBA 879 _____ U. T. 41-0362
Oculista

Dr. MARIANO BARILARI

LARREA 1277 _____ U. T. 44-1749

Dr. CARLOS NELSON

SUIPACHA 477 _____ U. T. 35-0729
Análisis

EDICIONES ARGENTINAS TOR

281
FLORIDA

80 C.

1. — EN 16 AÑOS DE ACTUACION EDITORIAL, en lucha cruenta contra la frialdad del ambiente; contra el desdén hacia la capacidad de edición argentina;

contra los intereses creados, de verdaderos trusts en libros; contra la timidez de autores, pensadores, literatos y hombres de ciencia argentinos;

y contra todo el mundo, hemos envejecido luchando "contra viento y marea" — como lo pregona nuestro lema — en pro de la independencia del libro argentino; en pro de la dignificación de la cultura nacional.

y en pro de la elevación de nivel de la más noble de las industrias: la del libro, "fruto del pensamiento humano, cuajado en tipo de imprenta"...

2. — NO NOS ARREDRARON LOS SINSABORES de la indiferencia — que nos aisló en el peñón de nuestra sola capacidad — no nos amilano la serie de epítetos arrojados a nuestra frente, por quienes dominaban el mercado; no nos acobardó la magnitud de la obra.

Porque anidaba en nuestro pecho una fe ilimitada, de que tarde o temprano surgiría la verdad sobre las "ediciones argentinas", como surge el aceite sobre el agua...

3. — Y ESA "VERDAD" tan anhelada fué haciéndose ambiente en nuestro pueblo; y hoy es voz extendida que surge como un clamor por la totalidad de los argentinos y de los demás habitantes — para reclamar el derecho de nuestro país a crear su propia riqueza editorial y a consagrar el "libro editado en la Argentina",

como instrumento liberador de las cadenas que manuvieron aprisionada a nuestra cultura, por el falso "derecho de filiales" extranjero, que nosotros consideramos "un feudo" —

como si viviéramos en la edad media y no en el vertiginoso siglo del progreso.

AHORA INICIAMOS UNA NUEVA ERA DE AUGE para el libro de EDICION ARGENTINA, piedra fundamental para una nueva gloria y provecho del país, gracias al apoyo de todos,

y cuyos frutos culturales se ven complementados con el fruto material inmediato — que no será el último — consistente en una nueva formidable rebaja en su precio:

posible gracias a la organización que hemos creado al efecto, y a la eliminación total de todos los factores intermediarios.